

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 269

Sevilla—Viernes 22 de Noviembre de 1901

AÑO XXV

Destitución de un Rector

El Rector de la Universidad de Barcelona ha sido destituido en el Consejo de Ministros celebrado el último domingo en el domicilio particular del señor Sagasta.

El Rector de Barcelona había hecho manifestaciones públicas ante los escolares de separatismo, que atenuó después cuando por el gobernador de la ciudad de las Ramblas se le llamó a capítulo.

Ha hecho bien el Gobierno en destituirle por telégrafo, como haría bien también si metiera en cintura á esos alborotadores y provocadores que con vistas ya á Francia, ya á Inglaterra, provocan conflictos á diario y tratan de ponernos en ridículo ante Europa; pero estas pruebas de fortaleza no nos la dan los gobiernos monárquicos más que cuando caen en blando y se encuentran apoyados por la decisión patriótica de los republicanos, que, gracias á sus prestigios y á sus energías, han podido contrarrestar el empuje del artificio regionalista de algunos barceloneses.

Desgraciadamente hay que confesarlo. Para sacar de empeños al Gobierno y á las instituciones, nadie como los republicanos. Pero, en cambio, tenemos la ventaja de que, sin disfrutar de los beneficios del Poder, toda empresa patriótica y honrada, ha de realizarse con la directa participación de los republicanos, y gracias al prestigio y autoridad de los más significados en la capital ó en la comarca donde se desarrollan los acontecimientos; y, sin embargo, seguimos combatidos y hasta menospreciados, cuando somos los únicos que representamos la causa de la dignidad nacional y de la libertad del pueblo.

Como los conservadores transigieron con el hombre del cerebro privilegiado en la Alcaldía de Barcelona, y los liberales contemporizaron con el famoso triunvirato catalanista del Parlamento, hubieran transigido y aun acariciado mimosamente al Rector si la gran masa republicana y la ardiente campaña de *La Publicidad* no se hubieran significado de la manera que lo han hecho.

En Barcelona han aparecido íntimamente unidos todos los republicanos, excepción de algunos federales que simpatizan con los regionales listas, y han triunfado porque, al propio tiempo que representan la más honrada y la más justa de las causas, representan también y simbolizan el patriotismo, el amor á España, el cariño á este hogar que tanto ha contribuido á civilizar al mundo y la suma de aspiraciones de los verdaderos amantes de la libertad, sin atenuaciones contra las demasías de Roma, que atiza la discordia y fomenta el regionalismo para dividirnos, debilitar nuestra fuerza é imponerse más fácilmente.

Si en todas partes hubiéramos imitado el ejemplo de los republicanos de Barcelona, seguramente en las últimas elecciones municipales hubiéramos mostrado nuestra fuerza, é impuesto duro castigo al Gobierno, devolviendo palo por pucherazo y perturbación del orden por atropello ó violación del voto, y acaso las pasadas elecciones hubieran sido el despertar de un pueblo á nueva vida, y el despegarse para iniciar una campaña vigorosa y de acción francamente revolucionaria, que es la única adecuada á la conducta y á los procedimientos del Gobierno, y la que únicamente aconsejan la dignidad del hombre y los derechos del ciudadano.

Aquí no se hace caso de la justicia; se menosprecia el derecho y se niega la razón, si no se alborota y se perturba.

Al prudente se le desprecia ó se le escupe, acariciando al perturbador y halagándole para transigir.

De manera, que, para valer algo y ser temidos, es preciso perturbar. Pues lo menos que podemos hacer, si tenemos dignidad, es seguir el camino que se nos traza, uniéndonos estrechamente todos los republicanos, no sólo para los fines políticos, sino para todos los fines de la vida, hasta para la propia personal defensa, de modo tal, que constituyamos una faianje tan potente y tan apretada, que unánimemente resoponda toda legión al menor daño que sufra el último recluta.

Así es como hemos de llegar, que de otra

suerte, los que comercian con España seguirán riéndose de nosotros.

Los republicanos barceloneses han destruido el catalanismo por haberse unidos, y han obligado al Gobierno á destituir al Rector faccioso; unámonos apretadamente todos los republicanos españoles, y destituiremos brevemente á otro faccioso que nos domina y es la causa de todas las vergüenzas que arrastramos.

Destituyamos al Gobierno, como el Gobierno ha destituido al Rector; pero no por telégrafo, sino de otro modo.

A. A.

Murmuraciones

Con la llegada del señor Alcalde ha concluido una de las dos interinidades, quedando sosegado el cotarro gamacista, que ya no se agitará con su carga de notarios.

Cuántas noticias se echaron á volar por ahí relacionadas con que las pasadas elecciones municipales serían anuladas, han resultado falsas.

El señor ministro de la Gobernación, al oír en boca del Sr. Palomino los sucesos acaecidos en nuestra capital y la manera de ponerles el parche supletorio, le felicitó cordialmente, dándole un abrazo y un beso en la mano derecha, con la que hizo la insaculación.

Quedan, pues, descartados los gamacistas; y presumo que por mucho que grite el señor Borbolla en las Cortes, en esta cuestión les va á suceder, lo mismo á él que á sus contendientes, que van á salir de allí como los obispos salieron del Senado: tapándose la cara para que no los conozcan.

Es el hecho—y de él nos alegramos—que con la llegada del Sr. Palomino se han acabado los escarceos entre concejales de uno y otro bandos, que habían hecho de la casa Ayuntamiento una especie de puesto de freir: cada uno llegaba pidiendo una tajada sin masa ó con ella, de dos en cuatro ó de cuatro en dos.

Nada ganaba Sevilla con esas disputas y dimes y diretes, en donde las ambiciones insueltas se manifestaban á beneficio del amor propio nada más.

Parecía una lucha de leguleyos, queriéndose probar unos á otros la mejor interpretación de las leyes, cuando es sabido que las leyes españolas son todas como el dios Jano, que tienen dos caras.

D. Virtuoso ha tomado á mal—no lo del Seminario, porque ese ya lo tiene vendido y cobrado—sino que la prensa le haya achacado que en su discurso pronunciado en la Alta Cámara se hubiera mostrado tolerante reconociendo que se puede ser liberal y católico.

—No señor, no señor—exclama—no me han entendido, ó yo me he explicado mal. ¿Cómo voy yo á preconizar la libertad, si de buena gana establecería la Santa Inquisición para quemar en ella á tantos réprobos como se inmiscuyen en los negocios de la Iglesia, cuando ésta debe de ser intangible, y lo que ella haga debe de quedar hecho, y lo que ella venda debe de quedar vendido? Eso sería darme con un canto en los pechos. No, señor. Yo he dicho todo lo contrario de lo que se me atribuye.

Léanse sus palabras, para que se vea que yo no obro ni comento con mala intención:

«Lo que quizá no sabrán muchos es que unas sencillas palabras de nuestra réplica han sido comentadas por la prensa liberal, sacándose de ellas consecuencias que no son á nuestro entender legítimas, y que en todo caso no expresan nuestro pensamiento, pues se ha supuesto que hemos expedido patente de honor al liberalismo.

Si de otro asunto se tratara, guardaríamos silencio; pero es la aseveración que se nos atribuye demasiado importante y transcendental para que permanezcamos callados.»

Y efectivamente: no se calla, y entre palabras veladas y ambigüedades, se empina y se coloca á la altura de León XIII, exclamando:

—Yo digo, es decir, yo he dicho lo que el Papa tiene declarado en sus maravillosas Encíclicas; y es: Que á nosotros los virtuosos padres de la Iglesia nada nos importa, ó nada nos debe de importar, que las naciones se rijan por el régimen monárquico ó por el régimen republicano, con tal de que á la Iglesia le abone sus prebendas y la deje vender lo que le parezca. En siendo nosotros los dueños del dinero y de las conciencias, que el Estado se dé la forma que le parezca. Nosotros, intangibles; nosotros, los dueños; nosotros, los indiscutibles.... Si los gobiernos necesitan sacar más contribuciones para sostener nuestras jerarquías, que las impongan á la nación, que para eso están trabajando los siervos desde que el sol sale hasta que se oculta;

y para eso nosotros les predicamos desde el púlpito que deben de ser humildes, y que de ellos es el reino de Dios, porque nosotros los cobremos el billete de entrada en la tierra. ¡Por ellos estamos constantemente en oración! ¡Por ellos vestimos de seda y púrpura y vivimos esclavizados en nuestro hermoso palacio! ¡Por ellos nuestro Santo Padre nos pide anualmente una enorme cantidad!.... Porque así como la bondad de Dios es inagotable cuando se le da dinero á los arzobispos y al Papa, asimismo se agotaría, y la tierra se hundiría en el profundo bátrato, si no se nos entregara todo el oro que se pueda recoger. ¡Todo el dinero para Dios y para nuestra santa madre y bolsillo particular!.... y así la gloria la tendréis asegurada!—

La Empresa Arrendataria de los negocios del cielo todo lo consiente mientras se le obone su cánon.

En Milán, Florencia y Roma, se han celebrado reuniones exigiéndole al Gobierno, con gritos y exposiciones, que se declare el divorcio como una ley natural, y se promulgue enseguida de una manera formal.

Y dicen los telegramas después de bien descifrados: —¡Los que gritan con más fuerza todos son recién casados!

Con motivo de la algarada que se ha armado ahora para levantarle una estatua á Emilio Castelar, dice un escritor malagueño:

«Los viejos demócratas al servicio de la monarquía se han reunido para rendir tributo á la memoria de Castelar.

De todas las profanaciones que se han cometido, después de la muerte del gran tribuno de la democracia española, ninguna tan bochornosa como esta.

¡Castelar ensalzado, labrado en mármol, festejado después de muerto, por los hombres que representan el régimen de las degradaciones morales más vergonzosas que han afligido á nuestro país! Si el monumento y la gloria ha de venir por ese lado, preferible es que el nombre de Castelar continúe vivo en sus obras, en su aliento y espíritu universalmente respetado, sin mármoles ni bronceos que nos recuerden hubo un español que no abdicó nunca de sus ideales y soñó con una España grande, liberal, instruida, y no con un refugio de los desechos de Europa.»

¡Pare usted la jaca, compañero!

Ni tanto ni tan dello, Sr. D. Tello.

Ni usted, ni nadie, me ganaría á mí en admiración sincera, entusiasta, grandiosa hasta el fanatismo, hacia aquel portento de elocuencia y de saber....

Pero ni usted, ni nadie, me obligará á mí tampoco á que no reconozca que.... las cosas están en su lugar.

El pueblo—¡desgraciadamente!—fué engañado mil veces por el eminente tribuno, á quien adoró más que á Dios.

Lo llevó tras él á todas partes, incluso á que derramara su sangre generosa, ofreciéndole su concurso, y.... efectivamente, ni pareció por Zaragoza cuando lo llamaron, ni por Barcelona cuando le requirieron, ni hizo otra cosa que faltarle al pueblo en todo cuanto le prometiera.

El eminente tribuno fué el que le enseñó al pueblo á adorar la República, y él fué quien le dijo á los republicanos:—¡Marchad á la monarquía, porque ya no hace falta la República en este país, gobernando un Sagasta, que se burla de todas las leyes y de todos los derechos, y gobernando un Cánovas, mi íntimo amigo, que da tres y raya á Narvaez!...

Nó; no es el pueblo el llamado á levantarle estatua al que le traicionó.

Quien tiene la obligación de levantársela, para demostrarle su agradecimiento, es la Regencia y sus hombres, que gracias á él viven y gobiernan.

Seamos justos, y comencemos á escribir la historia inspirada en el espíritu de la verdad.

Castelar fué un hombre grande, pero un grande pecador también.

Y.... créame el distinguido é ilustrado compañero: los pueblos son ya mayores de edad y saben lo que hacen.

No se los alucina con alharacas retóricas y humo artístico.

Si fuera posible—que no lo es—que resucitaran una docena de Castelar en la época presente, se agitarían en el vacío de la tribuna, empujando con sus trinos poéticos á los ruiseñores, pero no lograrían conquistar las voluntades del pueblo, que son desafectas á todo aquello que no trasciende á su propio bien de una manera práctica.

Y yo creo que tiene mucha razón.

CARRASQUILLA.

Guardando la regla

Monte arriba y agobiada con el peso de un haz de leña, iba caminando penosamente una mujer que luchaba contra la escabrosidad del terreno y la inclemencia [del temporal].

Estaba próximo á finalizar el mes de Noviembre. Avanzaban rápidamente las sombras de la noche. La tierra estaba húmeda. El cielo ceniciento amenazaba nieve. Soplaban un cierzo helado; ese frío sutil que penetra en la médula y entumece los miembros hasta agarrotarlos, se dejaba sentir terriblemente en ese día cruel.

La mujer no llevaba para contrarrestar los efectos de esa mortal temperatura más que unos pobres guñapos liados al cuerpo; algo que parecía una falda; algo que eran restos de otro algo que había querido ser un mantón.

Los brazos, casi desnudos, puestos en alto para sujetar la carga, estaban ya insensibilizados. Caminaba la mujer haciendo esfuerzos supremos. El aire venía de cara. Menudos copos de nieve, violentamente arrastrados por el viento, hacían doblemente difícil y penosa la marcha.

En un momento en que una violenta ráfaga estuvo á punto de derribarla, exclamó la mujer:

—¡Qué tiempo, Dios mío!

Y siguió andando, mientras murmuraba por lo bajo:

—El invierno es la muerte para los pobres. Se me ha hecho tarde.... ¡Me ha costado tanto trabajo hacer el haz! La leña estaba mojada y correosa; mis brazos débiles y entumecidos por el frío.... y luego el monte está tan lejos del pueblo.... Pero menos mal; llevo lumbre para tres ó cuatro días. Anoche creí que mis pobrecitas criaturas se me morían de frío. Esta noche, si Dios quiere, se calentarán; ya que el pan anda escaso, al menos que tengan lumbre.... digo, si estos troncos y estas ramas están en disposición de arder; llegarán completamente mojados.... ¡Maldita nieve!

Y continuaba caminando. La nieve caía cada vez más espesa y con mayor tenacidad. El monte, ya pelado y pedregoso, á cuya cumbre había subido por un lado para bajar por otro é ir en busca del camino de atajo que conducía al pueblo, empezaba á cubrirse de esa blancura que en la obscuridad de la noche medrosa se asemeja á un extenso sudario.

La marcha de la mujer en descenso sobre aquella alfombra resbaladiza era casi imposible. Sus pies, maltratados y medio descalzos, tropezaban á cada paso con las piedras traidoramente ocultas bajo la nieve, que daba al terreno escabroso una uniformidad que no tenía. La falta de movimiento en los brazos, ocupados en sujetar la carga hacía más terrible cualquier resbalón, cualquiera pérdida de equilibrio.

Una vez puso un pié en falso y cayó sobre la nieve. El haz de leña rodó hasta la falda del cerro hacia la izquierda, dejando á su paso un camino irregular casi limpio de nieve. Levantóse dolorida y penosamente la mujer y bajó por su carga, temiendo que se le perdiera. Dio con ella siguiendo la dirección que en la nieve dejó marcada al rodar; pero aquello ya no era una carga de leña; era un rollo grande é informe de nieve apretada, por cuyos extremos asomaban puntas de palitroques negros.

La mujer, extenuada, desfallecida y quebrantada por el golpe, no tenía fuerzas para sacudir el haz y desprender de él la nieve adherida, y menos aún para cargárselo otra vez con el nuevo peso que aquella adherencia le daba. ¿Qué hacer? ¿Abandonarlo? No. ¿Y el trabajo perdido? ¿Y la caminata que se había dado? ¿Y la lumbre para sus hijos atrevidos?... No se resignaba á dejar allí su leña tan penosamente recogida. Pero no podía moverla siquiera; ¡parecía que de pronto había echado nuevas raíces que la clavaban al suelo, y la noche avanzaba cada vez más oscura y tenebrosa; el aire arreciaba más helado y cortante; los copos de nieve caían cada vez más grandes y compactos, amenazando sepultarla allí junto al haz que, tendido en tierra, iba poco á poco perdiendo su forma, desapareciendo, confundiendo con el suelo bajo la densa blancura que se extendía por todas partes.

Era preciso huir. La mujer conocía que continuando allí de pie, inmóvil, la inacción irresistible del frío se apoderaba de todo su cuerpo; que la sangre, solidificándose, dejaría de circular; que pasado otro poco de tiempo no podría ya andar ni moverse. Lanzó una mirada angustiosa al pequeño montículo blanco que aún formaba su pobre haz de leña perdido, y echó a andar todo lo rápidamente que le permitían sus fuerzas físicas, casi agotadas, y el decaimiento de espíritu que aquella desgracia le ocasionaba.

Mas lo peor fué que la nevada había borrado todos los senderos del monte, y la mujer se encontraba desorientada en medio de aquella soledad, agravada por la obscuridad de la noche. Lanzóse á la ventura por aquella extensión blanca; la pobre mujer iba como un barco sin timón ni brújula, extraviado en las inmensas soledades del mar.

Desfallecida, doblándosele las piernas que se negaban á sostener la débil armazón del cuerpo, subió y bajó consecutivamente por las ondulaciones del terreno nevado, hasta que, al llegar á un pequeño promontorio, vió delante de sí la negra silueta de un grande edificio torreado y cubierta su techumbre por la nieve.

La mujer lanzó un grito y exclamó angustiada:

—¡Dios mío! He tomado el camino opuesto. Estoy delante del monasterio del Monte, cerca de la villa. Tengo que desandar casi todo el camino andado para volver al pueblo. Y me faltan las fuerzas. Me siento desfallecer. ¡Pobres hijos míos! ¿Qué será de ellos? Me echarán de menos; tendrán hambre y frío; estarán llorando.

Y la mujer prorrumpió en sollozos. La nieve por encima se iba congelando sobre los trapos que cubrían su cuerpo; por abajo le llegaba á las rodillas. Sentía angustias y desvanecimientos mortales. Si se dejaba caer al suelo no se levantaría más. Con un esfuerzo inaudito avanzó hasta llegar al pórtico del edificio. Casi atrastrándose subió la escalinata que conducía á la puerta, y con una piedra dió en ella unos golpes.

Se abrió pasado un rato el ventanillo, y una voz áspera y gangosa preguntó desde dentro:

—¿Quién va?
—Ave María purísima—contestó la mujer.
—Sin pecado concebida. ¿Quién llama?
—Una pobre mujer extraviada en el monte.
—¡Vaya un tiempo y unas horas para andar por el monte! ¡No será para nada bueno! Hermana, siga á la derecha y á un cuarto de hora de camino encontrará la villa y la posada.

—No puedo seguir más; estoy desfallecida, muerta de cansancio y de frío. Denme albergue hasta que venga el día.

—Hermana, este convento es pobre, no tiene hospedería ni portería; la regla prohíbe abrir la clausura á las mujeres; siga el camino y Dios la ampare.

Cerróse el ventanillo y la mujer oyó unos pasos tardos que se alejaban.

Fortalecida y animada con ese «Dios la ampare», volvió á emprender su trabajosa marcha por el mismo derrotero que había recorrido, buscando un sitio donde poder orientarse para tomar el camino extraviado. Pronto desapareció detrás de la primera ondulación del terreno. La nieve, arremolinada por el aire, seguía cayendo furiosamente.

Cuatro niños desamparados, medio muertos de inanición y de frío, denunciaron al día siguiente con su llanto á los vecinos del pueblo la desaparición de una madre. Buscósele inútilmente por todas partes. Pasados unos días y derretida la nieve del monte, otros leñadores encontraron el cadáver de la mujer desfigurado horrorosamente.

Las aves y las alimañas hambrientas por la esterilidad del invierno habían hecho del cuerpo de la mujer espléndido festín.

Dios vela siempre por la vida de los animalitos del campo.

Los niños fueron llevados al hospital de la capital de la provincia.

Y los reverendos y beatíficos frailes habían guardado rigurosamente su regla.

JOSÉ CINTORA.

De actualidad

Díaz Moreu conferenció con Sagasta para comunicarle que la subcomisión de Marina rechaza la fórmula de los créditos.

Sagasta díjole que conferenciará con Urzáiz.

También conferenciaron Moreu y Vera-gua.

Créese difícil el arreglo.

Mañana reúne la subcomisión.

En Santiago ha habido manifestación contra el juego.

Intervinieron los escolares, que arrollaron á la policía.

Intervino la benemérita, resultando dos heridos y dos contusos.

Gamazo agrávase en su enfermedad.

Robert marchó á Barcelona por la gravedad de su cuñado.

El debate catalanista continuará á su regreso.

En conferencia telefónica del Rector de Barcelona con Romanones, anunció aquél que se posesionó y le aclamaron los escolares castellanos.

Barcelona: Antes de llegar el nuevo Rector á la plaza de la Universidad un grupo de estudiantes catalanistas dió vivas á Cataluña y entonó el himno de los Segadores.

Al entrar Rodríguez Méndez sonaron aplausos.

Benet hizo la presentación, eligiéndole.

En el discurso de Méndez, sobresalió la nota de españolismo: ovacionadísimo.

En el Paraninfo de la Universidad de Barcelona, un estudiante catalanista gritó ¡muera España!

Los estudiantes castellanos abalanzáronse contra los catalanistas resultando colisión, palos y contusos.

Las vidrieras fueron rotas.

Agredíanse dando vivas á España y Cataluña.

Intervinieron los catedráticos, separándolos.

Se ha publicado circular convocando á una asamblea, que se verificará en Mayo, á todas las sociedades económicas de España.

En Castro Abdón (León) amotinóse el vecindario contra el administrador del duque de Uceda, siendo el instigador el maestro de escuela.

La familia está sitiada.

Intervino la benemérita.

Orden del día.

En el Senado vótanse en definitiva los créditos de Marina.

Continuando la interpelación de Leigori, Veragua defiéndese de los cargos que sufrió ayer.

Rectifica é interviene Martín Sánchez, terminando la interpelación.

En los sindicatos agrícolas Benelúa consume el tercer turno en contra.

Contéstale Bengoa y se levanta la sesión.

El proyecto de autonomía de Universidades sufrirá importantes modificaciones.

Nombrado segundo comandante del *Giralda* el teniente de navío Barrera Miranda.

Auxiliar del ministerio, Sánchez León.

La comisión de presupuestos del Senado ha aprobado los créditos de Gobernación é Instrucción.

Los estudiantes catalanistas reuniéronse en la Ronda de la Universidad para tomar acuerdos en vista de los sucesos pasados.

Dicen que la agresión partió de los castellanos.

Los ánimos están excitadísimos.

Marengo en los pasillos del Congreso conferenció con Almodóvar.

Dícese que sobre política de Cádiz.

Parece que Romero propónese obstruir la discusión de los presupuestos.

Dicen de Barcelona que el discurso del rector comenzó saludando á los catedráticos, escolares y prensa.

Dice que viene en circunstancias calamitosas.

Solo aspira á que le apoyen todos.

Trae misión de paz y concordia. (Aplausos.)

Necesítase que se junten los esfuerzos de los profesores y los estudiantes para combatir la ignorancia y establecer pacífica justicia en la Universidad, aconsejando se sacrificuen estudiando.

Desearía abrazar á uno en nombre de vosotros.

En nombre de los catedráticos abraza al vicerector Bonnet. (Ovación.)

Termina con entusiasta viva á España, contestado por unanimidad.

El discurso fué elogiadísimo.

Dicen de la Coruña que los heridos en la explosión fueron 19, de ellos seis gravísimos, tres graves y los restantes menos graves.

Uno tiene el cráneo fracturado.

Todos tienen las caras tapadas.

La sala ofrece imponente aspecto.

El Correo, comentando una carta del correspondal del *Diario de Barcelona*, que habla de la probable fusión de los conservadores, adjudicándose á Silvela la presidencia del Congreso, á Tetuán la del Senado y á Azcárraga la jefatura del Gobierno, créelo interesante é inconveniente,

te, aunque dudando de que acepten los silvelistas esa fórmula de conjunción.

A Montpellier llegó el orfeón catalán, dándose vivas á Cataluña.

A la recepción asistieron las autoridades. Se pronunciaron discursos deseando la prosperidad de Cataluña.

Los escolares de Zaragoza repitieron la manifestación con la bandera de Medicina y Ciencias.

Silbaron al Rector, que les invitó á disolverse.

Desconfían de la oferta de Romanones.

En la asamblea de las Cámaras de Comercio acordóse pedir al Gobierno tribunales de Comercio y jurados mercantiles, la derogación de la real orden de 25 de Octubre, relativa al mando de buques de vela, modificación del decreto de Junio relativo á la constitución de las Cámaras españolas en el extranjero, reforma de los Consejos provinciales de Agricultura, representación en Cortes como las Sociedades Económicas, y otros acuerdos.

Entrando en el orden del día, apruébase en el Congreso un proyecto de carreteras.

Sigue el debate de presupuestos.

Gómez Serna combate la sección tercera, contestándole Acebo: apruébase.

Inclán impugna lo referente al interés de la Deuda.

Contéstale Urzáiz y rectifican.

Apruébase la sección cuarta.

Osma combate las Clases pasivas, señalando un error de cálculo.

Contéstale Gómez Acebo.

Maura se muestra conforme con el criterio de Osma, afirmando que el error asciende á 5 millones.

Rectifican todos.

Navarro Reverter dice que la omisión representa un fraude legal.

Villaverde pide que se retire el dictamen.

Urzáiz explica la rebaja del crédito, diciendo que el anterior resultó excesivo.

Apruébase por 84 votos contra 53, y se levanta la sesión.

TIPOS

Acaba de morir en Leipzig un hombre, un compatriota nuestro, que con todo de apenas llamarse Pedro—Rufino Alvarez para servir á ustedes—ha dejado en mi memoria la cicatriz que deja un ácido sobre la carne, huella honda, que el tiempo en sus tareas disolventes no podrá extinguir jamás.

Y vamos á cuentas. Yo lo conocí en Madrid recién llegado de su pueblo, una aldehuela gris montada sobre lomas quemadas color de ocre, allá en la provincia de Toledo. Un cura algo pariente suyo, como siempre ocurre en estas historias y en esas comarcas, se encargó de su educación, y el sol que alumbró el Alcázar de Carlos V tuvo á su cargo desallorarle á mi buen toledano las protuberancias frontales en que Gall y Lavater localizaban la imaginatividad, mientras que con sus caricias como castigos, le mordía los sesos hasta deformarlos. De la influencia, nociva como una maldición victoriosa, de ese sol, se resintió toda su vida hasta la hora de su muerte en Leipzig, el pobre Rufino. Mucha imaginación y poco juicio. Capaz nada más que por eso de ser un símbolo de la idiosincrasia amarilla y encarnada que nos agota.

Vino á Madrid ganoso de honores y de fama. ¿Había en Madrid ministros? El sería uno de ellos. ¿Grandes escritores casados en vínculos legítimos con la celebridad? No había de morirle el con la virginalidad de esa soltería. Y enarbó en la claraboya del altísimo piso donde fué á dar con sus huesos, un pendón con este rótulo: «Rufino Alvarez, Dante.»

Como el perro del gitano, sabía latín. Luego supimos que creía saberlo porque su tío el cura le había enseñado á ayudar misa. Y griego. En un diccionario con el que toparon sus manos aprendió de corrido todo el alfabeto heléico, para rellenar de aifas y deltas, lambdas y sigmas las soluciones de continuidad de sus oraciones gramaticales. Y asirio, porque se imaginaba él que semejante lengua nadie la sabía. Y chino también, porque una vez recogió en la calle el moquero de un diplomático del Celeste Imperio. Con esos y otros análogos conocimientos se irguió en la Agora, lanzó su reto y aguardó.

¡Cómo sería de injusta en España la generación intelectual de hace algunos lustros, que Alvarez se vió dar en todas partes con las puertas en las narices! Estuvo en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en *La Epoca*, en *El Siglo Futuro*, en la redacción de las principales revistas literarias; pero no pasó nunca de las antesalas. Eso no importa. Con su hermosa facundia meridional él creía, y como lo creía lo aseguraba, haber asentado sus posaderas, bien aochas por cierto, en el sillón directorial. ¡Y era de ver la arrogancia con que nos saludaba cada vez que el azar

lo ponía ante nosotros, cuando sudoroso aún y pálido de emoción venía de conferenciar con el hujer ó el portero de alguna excelencia social consagrada por el vulgo!

Pero en fin, no se vive sólo de ilusiones propias y de oxígeno de la calle, sino que se ha de menester también de algunos otros elementos, si má groseros en la forma, más substanciosos en la esencia, y nuestro hombre—Alvarez, para servir á ustedes—vino á darse cuenta de ello un luctuosísimo día de invierno en que el sol en los cielos estaba oculto por las nubes, y la piedad humana velada por el vaho de las digestiones satisfechas: un día de invierno, duro de recorrer como una estepa, formado de minutos de odio, malo. Y como hubiera cursado en Madrid algunas asignaturas de farmacia, solicitó y obtuvo la plaza de mancebo en una botica, allá muy lejos en el extrarradio, allende las Ventas, á distancia verdaderamente sideral del país de sus ilusiones.

Aires demasiado densos los que se respiran en aquellas latitudes madrileñas—amoniaco, ácido úrico, pus gaseoso de todas las fermentaciones indecibles—tuvieron cesárea influencia más que en los pulmones, en su imaginatividad, sugiriéndole la idea, fuerte como un instinto de huir de Madrid, de salir de España, de ser profeta, en otras tierras, donde, iluminada por otros soles, su personalidad adquiriera el relieve de estatua á que tenía derecho. Y un día, en París, hace algunos años—yo tenía entonces diez y ocho—me anunciaron la visita de un desconocido y me entregaron una tarjeta que, traducida, al español, decía todo esto:

«RUFINO ALVAREZ

Doctor en Derecho, en Medicina, en Ciencias exactas y en Teología, excapitán del ejército español, exsecretario suplente de la sociedad El Iris, expansionado de varias academias, flor natural y de plata sobredorada en varios certámenes poéticos, corresponsal de importantes publicaciones españolas, traductor de las más afamadas casas editoriales europeas, profesor de español, de bable, de valenciano, de catalán, de inglés, de alemán, de italiano, de ruso, de austriaco (*sic*), de latín, de griego, de árabe, de hebreo, de caldeo, de siríaco y de sanscrito.

Da lecciones de guitarra á domicilio.

¡Pobre Rufino Alvarez! Con la cabeza ya cana por la acción del tiempo y de los desengaños, temblón, sevil, casi atáxico, ha visto por fin erigirse ante él, palpitante de realidad y concreto, un buen pedazo de sus ilusiones de la mocedad y de la edad madura: ha visto, al cabo, su nombre [su propio nombre] impreso en la cubierta de un libro, resplandeciente para él como un castillo de fuegos artificiales. ¡Pero qué libro, santo Dios! «Tratado de la cría del cerdo, seguido de un manual completo del perfecto saichichero»....

Y al ir el malogrado virtuoso á Leipzig para cobrar el importe de su versión castellana—¡oh poesía del primer hijo, del primer libro—una teja que cayó del cielo—porque del infierno no había de ser, estando el infierno abajo, según las más autorizadas opiniones—señaló el fin—¡ahora que comenzaba nuestro hombre á escribir libros!—de esta singular víctima del destino....

¡Oh ironía!

ALEJANDRO SAWA.

Noticias locales

ASUNTOS DEL DIA

El regreso del señor Palomino quitó actualidad á la competencia que por la alcaldía se venían haciendo los señores Amores é Ysern.

Con la vuelta del Alcalde ha renacido la paz en los espíritus levantiscos.

También regresó de su viaje á Ecija el presidente de la Diputación provincial, señor Iribarren.

Este, y el señor Palomino, sostuvieron una larga conferencia, que, según los enterados, versó acerca de lo tratado por el Alcalde en Madrid, y sobre el estado actual de cosas políticas de esta capital.

NUEVA LLAMADA

Hace días llamamos la atención del señor Gobernador y Rector de esta Universidad sobre la situación que entendemos anormal de los auxiliares de las Escuelas públicas de Alcolea del Río, toleradas á ciencia y con el beneplácito de la autoridad de dicho pueblo, y tal vez de los maestros, por el delito que supone en estos tiempos contrariar en lo más mínimo las continuas barrabasadas y exultaciones del feroz caciquismo de los pueblos y ciudades, en estos tiempos calamitosos, tiempos de reacción que atravessamos.

En efecto, la auxiliar doña María Josefa León hace muchos meses no se asoma siquiera por la clase donde tiene puesta la Junta, por sí y ante sí, una niña de las mayores, con perjuicio de la enseñanza; y la aventajada auxiliar cobra